CAPITULO VI

La soledad en Fray Luis de León

FRAY LUIS DE LEÓN. Fray Luis de León es delicadísimo poeta lírico, maestro insuperable de belleza en las síntesis viriles y tiernas, hondas y trascendentes. Fue religioso de extraordinaria virtud y grande vida interior, de prolongada oración y cultivado estudio.

Los versos de Fray Luis de León, más llenos aún de altos conceptos, de nobles ideas y esplendores de luz inmortal que de sonoridad y armonía, nos presentan bellezas de inigualable idealidad y relieve, iluminadas con luz y encanto superior al de la tierra, orladas con nimbo de poesía y nostalgia sobrenatural. Es el poeta que transporta como por encanto hasta la armonía de Dios, *que es de todas la primera,* y en la recopilación de las maravillas de la creación hace sentir dulcísimamente lo soberano y grandioso de Dios, creador, gobernador y conservador de todo.

Fray Luis de León compuso los versos más

delicados, más ingrávidos y llenos de luz, más henchidos de añoranza de inmensidad y de inmortalidad que, según mi gusto, he leído sobre la soledad humana ideal, cristiana, buena, pero no la sobrenatural ni la que buscaron los santos en los desiertos.

Porque, con toda su indecible belleza, no llega a cantar ni a decirnos casi nada de la mayor hermosura y encanto, de la más fascinadora y divina realidad de la soledad, como es el amor divino, la compañía de Dios y las virtudes sobrenaturales; porque el amor divino transforma y obra maravillas en el alma santa, que la ha buscado para prepararse en vacío y desprendimiento de criaturas a recibir el amor de Dios sin impedimento terreno, y Dios establece su morada en tal alma y hace de ella un paraíso de amor.

Es verdad que canta regaladamente, como nadie, la obra de la mano de Dios infinito en la creación, en la naturaleza, en los estrellados cielos de la noche serena, llenos de inmensidad y de luminarias que anuncian y alaban la soberana omnipotencia de Dios; vuela raudo y deslumbrador por las alturas líricas admirando la presencia y majestad de Dios invisible, pero no se determina a lanzarse fuera de la atmósfera de la tierra para sumergirse en las maravillosas intimidades y secretos espirituales con que Dios

inunda el alma que se le ofreció en silencio de amor, contentándose con recoger y presentar bellamente los primores de la creación, expresados con admirable espíritu religioso.

Cuando le vemos ya casi tocar el límite para entrar en la atmósfera de la hermosa luz sobrenatural de gracia y de divino amor y sumergirse en los misteriosos e inefables efectos de alegría que Dios produce en el alma con su gracia y su amor, donde el alma se baña en luz de cielo y se deshace en gozo de ángeles, recogida en silencio de criaturas y vaciada de sus mismos gustos, sumergida toda en la claridad de Dios amoroso, el poeta pliega sus alas de inspiración sobrenatural quedándose de nuevo a descansar dormido en la placidez y dulzura de la naturaleza con sus maravillas, sobre las cuales flota el espíritu de Dios.

Esto vemos en muchas delicadísimas estrofas de varias poesías suyas. Recuérdese como ejemplo la muy conocida de la *Vida Retirada:*

¡Qué descansada vida
la del que huye del mundanal ruido,
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!

Casi no es posible la lectura de poesía tan hermosa sin llegar hasta su último verso y luego

continuar regustando tanta delicadeza y dulzura.

Pero la pluma del Maestro, que recoge mágicamente las maravillas de la naturaleza y del corazón describiendo la hermosura del campo y su plácida y deliciosa quietud, creadas y presididas por la mano omnipotente y amorosa de Dios, no se remonta a la altura del misterio de Dios en el silencio del alma, no llega, no entra en lo íntimo de la inefable compañía que Dios establece con el alma en la soledad espiritual y sobrenatural, donde se viven los delicados gozos que el Amado-Dios pone en el alma enamorada que lo dejó todo y se dejó a sí misma para encontrar a su Dios en la soledad y estarle acompañando y mirando, y donde Dios mira al alma haciéndola, a veces, sentir delicadeza y gozo semejante al que gozan los ángeles. Canta Fray Luis el campo, el monte, el río; quiere que, todo en silencio, le despierten las aves con *su cantar suave no aprendido;* quiere verse libre de las inquietudes y lejos de intrigas envidiosas:

> Un no rompido sueño,
> un día puro, alegre, libre, quiero.

Levanta su canto sobre toda otra poesía humana y se acerca a la fuente y origen de la verdadera vida y manantial de todo deleite cuando empieza la estrofa de:

Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo,
a solas, sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanza, de recelo.

Cantó intencionadamente esta soledad humanocristiana sin entrar en la espiritual, íntima, cristianizando de este modo la poesía horaciana y superando su belleza con la idea cristiana, como advirtió Menéndez y Pelayo. Era la manera práctica de cristianizar también el humanismo renacentista sacándole de las corrientes paganas y sensuales que le atraían y pretendió guiarle por los caminos cristianos de virtud y moralidad que conducen a Dios y enseñó a cantar el bien y el amor honesto y santo. Su influjo con la perfección y elegancia de la forma, lo consiguió cuanto es posible entre los hombres, haciendo con ello un muy eficaz apostolado.

Ni dejó de empujarle por este camino de cantar la soledad a lo humano, aunque cristiano, el dolor que padeció, y se le nota, por la injusta persecución, que dio con él en la cárcel y le entristeció varios años, aumentándole las ansias de vivir la verdad y de que para todos luciese la verdad; y como desconfiaba de encontrarla entre los hombres, se aparta o muestra deseos de apartarse de sus envidias, intrigas y ambiciones, y se traslada con la fantasía a vivirla le-

jos de los apasionamientos humanos en una soledad soñada. Así escribió estos tercetos:

... dichoso el...
que por las inocentes soledades
recoge el cuerpo en vil cabaña,
y el ánimo enriquece con verdades.
  Cuando la luz, el aire y tierras baña,
levanta al puro sol las manos puras,
sin que se las aplome odio y saña.
  Sus noches son sabrosas y seguras;
la mesa le bastece alegremente
el campo, que no rompen rejas duras.
  Lo justo le acompaña, y la luciente
verdad, la sencillez en pechos de oro,
la fe no colorada falsamente.
  De ricas esperanzas almo coro,
y paz con su descuido le rodean,
y el gozo, cuyos ojos huye el lloro.
  Allí, contento, tus moradas sean;
allí te lograrás, y a cada uno
de aquellos que de mí saber desean,
les di, que no me viste en tiempo alguno (1).

Esta misma idea, un poco más avanzada y cercana a lo más íntimo y santo de la soledad espiritual, repite en la preciosísima poesía que tituló *El Apartamiento;* es, para mi gusto, la más hermosa de las que tratan de la soledad de cuantas salieron de su pluma, por el lirismo y atrevimiento encantador.

---

(1) FRAY LUIS DE LEÓN: *En una esperanza que salió vana.* Poesía.

¡Oh ya seguro puerto
de mi tan luengo error! ¡Oh deseado
para reposo cierto
del grave mal pasado,
reposo dulce, alegre, descansado!

Techo pajizo, adonde
jamás hizo morada el enemigo
cuidado, ni se asconde
envidia en rostro amigo,
ni voz perjura ni mortal testigo.

Sierra, que vas al cielo,
altísima, y que gozas del sosiego,
que no conoce el suelo
... ...

Recíbeme en tu cumbre,
recíbeme, que huyo perseguido
la errada muchedumbre,
el trabajar perdido,
la falsa paz, el mal no merecido.

Y do está más sereno
el aire, me coloca, mientras curo
los daños del veneno
que bebí mal seguro;
... ...

Mientras que poco a poco
borro de la memoria cuanto impreso
dejó allí el vivir loco.
... ...

En ti, casi desnudo,
desde corporal velo, y de la asida
costumbre roto el ñudo
traspasaré la vida
en gozo, en paz, en luz no corrompida.
... ...

¡Ay, otra vez y ciento
otras, seguro puerto deseado!
No me falte tu asiento,
y falte cuanto amado,
cuanto del ciego error es cudiciado (2).

Siempre el dolor, llevado resignadamente, acerca a Dios, y abrazado con amor pone nueva luz de cielo en el espíritu, y tanto mejor, cuanto venga de modo menos previsto y más fuera de razón y prudencia. Siempre es cruz regalada por el Señor para bien del alma.

Y el dolor puso esta luz en el alma de Fray Luis. Se ve mejor aún que en esta poesía, en la décima que compuso al salir de la cárcel, décima famosa por lo sereno y hermoso de la idea y por la especial combinación de la rima. Aún cuando todavía no se olvida de la *pobre mesa,* no sólo abraza esa pobreza, sino que encierra ya en una verso la verdadera y sobrenatural grandeza y encanto de la soledad espiritual.

Aquí la envidia y mentira
me tuvieron encerrado.
Dichoso el humilde estado
del sabio que se retira
de aqueste mundo malvado,
y con pobre mesa y casa
en el campo deleitoso,

---

(2) Fray Luis de León: *El Apartamiento.* Poesía.

con sólo Dios se compasa
y a solas su vida pasa
ni envidiado ni envidioso (3).

El Maestro de la lírica ha incluido ya en un verso la esencia y lo grande de la soledad espiritual. Bien siento yo no dejara explayar su inspiración explicándola. Porque no le faltaba vida intensa espiritual ni las demás cualidades para hacerlo; las poseía en grado eminente, como lo vemos en la explicación de la teología, manteniéndose en la cumbre de las eminencias de la Universidad de Salamanca, cuando aquella Universidad era la primera del mundo.

Quien sabe meditar tan amorosa y poéticamente y sentir con tanta profundidad y elegancia como lo hizo Fray Luis en sus poesías de la *Noche Serena, A Felipe Ruiz, A Salinas* y en todas las religiosas tan llenas de unción espiritual, quien sabe hacer ver la inmensa y suave mano de Dios tan magistralmente y revestirla de tan esplendente luz y de tanta ternura, pudo muy bien decirnos lo misterioso, grande y dulcísimo de la soledad espiritual.

Llenó bien cumplidamente el concepto elevado que tenía de la poesía diciendo: «Porque éste (Dios) es el solo digno sujeto de la poesía... Sin

---

(3) FRAY LUIS DE LEÓN: *Décima.* Poesía.

duda la inspiró Dios en los ánimos de los hombres para con el movimiento y espíritu de ella, levantarlos al cielo, de donde ella procede; porque poesía no es sino una comunicación del aliento celestial y divino» (4).

Y aunque no en sus versos, no dejó tan excelente Maestro de decirnos lo que pensaba él de la soledad espiritual y verdadera en la hermosura de su prosa donde expresó brevemente, pero con claridad lo alto y deleitoso del retiro.

Habla en *Los Nombres de Cristo* del deleite delcampo y del hondo sentir que allí se tiene: «Puede ser, dice, que en las ciudades se sepa mejor hablar; pero la fineza del sentir es del campo y de la soledad» (5).

Y no se refiere ya sólo al deleite honesto del bienestar, como entendía en otras poesías y como le personificaba Tirso de Molina, sino que es Dios el que ya obra maravillas en el alma cuando el alma le ha buscado en la soledad:

«Cristo vive en los campos y goza del cielo libre,y ama la soledad y el sosiego; y en el silencio de todo aquello, que pone en alboroto la vida, tiene puesto El su deleite... Aquella región de vida, adonde vive aqueste nuestro glorioso bien, es la pura verdad y la sencillez de la luz de Dios, y el original expreso de todo lo que tiene ser, y las raíces firmes de donde

---

(4) FRAY LUIS DE LEÓN: *Los nombres de Cristo, Monte.*

(5) Idem íd: *Los nombres de Cristo, Pastor.*

nacen y adonde estriban todas las criaturas... Aquello es luz purísima en sosiego eterno...

»Es con razón mediodía aquel lugar que pregunta (la Esposa) adónde está la luz no contaminada en su colmo, y adonde, en sumo silencio de todo lo bullicioso, sólo se oye la voz dulce de Cristo, que, cercado de su glorioso rebaño, suena en sus oídos de El sin ruido y con incomparable deleite, en que, traspasadas las almas santas y como enajenadas de sí, sólo viven en su Pastor.

»Así que es Pastor Cristo por la región donde vive y también lo es por la manera de vivienda que ama, que es el sosiego de la soledad, como lo demuestra en los suyos, a los cuales llama siempre a la soledad y retiramiento del campo...

»Porque... los que han de ser apacentados por Dios han de desechar los sustentos del mundo y salir de sus tinieblas y lazos a la libertad clara de la verdad y a la soledad, poco seguida, de la virtud, y al desembarazo de todo lo que pone en alboroto la vida; porque allí nace el pasto que mantiene en felicidad eterna nuestras almas y que no se agosta jamás. Que adonde vive y se goza el Pastor, allí han de residir las ovejas.

»Porque (Cristo) apacentándolas, las levanta del suelo y las aleja cuanto más va de la tierra, y las tira siempre hacia Sí mismo, y las enrisca en su alteza, encumbrándolas siempre más y entrañándolas en los altísimos bienes suyos» (6).

---

(6) FRAY LUIS DE LEÓN: *Los nombres de Cristo, Pastor.*

CAPITULO VII

La soledad en Francisco de Aldana, Cristóbal de Virués, Francisco de Jesús, Bernarda Ferreira y Jovellanos.

FRANCISCO DE ALDANA fue capitán de los tercios españoles y, como tantos militares del siglo XVI, fue también poeta. Muy lejos estuvo, como buen militar activo, de vivir la vida de soledad, y aun cuando muy instruido, como puede deducirse de sus poesías, no es fácil tuviera conocimiento muy claro de lo que era la soledad espiritual y religiosa.

Escribe, sin embargo, de esta soledad santa conceptos preciosos y piensa mejor y con mayor admiración de la grandeza que encierra, que otros poetas consagrados al servicio del Señor. No la ha experimentado, pero cree hay algo muy grande en esa vida de amor con Dios solo. Al que se aleja y desprende de la sociedad y de los bienes para amarle, Dios ha de premiar con muy grandes gozos.

Así lo escribe al renombrado escriturista y

poeta latino Arias Montano, su amigo, y al gran guerrero don Bernardino de Mendoza.

Presenta a Sócrates mirando al sol, como el solitario mira a Dios.

> No por parar allí, que no es objeto
> proporcionado al alma cuerpo alguno,
> más por subir desde aquel sol visible
> al invisible sol autor del alma.
> Oh venturoso tú, que allá tan alto,
> por do rompiendo va nuestro navío,
> tan lejos de esta mar tempestuoso
> habitas, y por término, y tan casto,
> tan fuera del corporal uso del hombre,
> buscas a Dios, y en Dios todo lo cierto.
> ... ...
> Yo firmemente pienso, entiendo y creo
> que si el tal entre los ásperos peñascos,
> entre el rigor de las nevadas cumbres,
> entre los riscos do jamás seguro
> va de caer el mismo pensamiento,
> y allá en la soledad yerma y remota,
> debe tener, debajo aquel silencio,
> debajo aquel sayal desabrigado,
> favores del gran Dios cierto especiales
> que se pueden sentir, más no decirse (1).

Y esos favores intenta recordarle a Arias Montano.

---

(1) Francisco de Aldana: *Carta al Señor Don Bernardino de Mendoza.* Obras Completas, t. I. Madrid, 1953.

Aquellos nutrimentos divinales
de la inmortalidad fomentadores,
que exceden los posibles naturales.
Aquellos, ¿qué diré?, colmos favores,
privanzas nunca oídas, nunca vistas,
suma especialidad del bien de amores.
Oh grandes, oh riquísimas conquistas
de las Indias de Dios de aquel gran mundo
tan escondido a las humanas vistas.
... ...
Ojos, oídos, pies, manos, boca,
hablando, obrando, andando, yendo y viniendo,
serán del mar de Dios cubierta roca.
Cual pece dentro el vaso alto, estupendo,
del Océano, irá su pensamiento
desde Dios, para Dios, yendo y viniendo.
Serále allí quietud el movimiento
cual círculo mental sobre el divino
centro, glorioso origen del contento (2).

* * *

CRISTÓBAL DE VIRUÉS fue otro valiente capitán de los Tercios Españoles en Italia. Expuso su vida con heroísmo y, como Cervantes, salió herido en la más memorable victoria de la marina cristiana al mando de don Juan de Austria.

Ni la inquietud de las frecuentes batallas, ni la coraza ni el manejo de la espada le impidieron

---

(2) FRANCISCO DE ALDANA: *Para Arias Montano sobre la contemplación de Dios y los requisitos de ella.*

manejar también la pluma para escribir delicadas poesías y sobresalir como inspirado poeta a semejanza de Garcilaso, de los hermanos Aldana, de Cervantes y de tantos otros, que en los azarosos campos de batalla cultivaron muy delicadamente la poesía.

Escribió un poema titulado la *Historia de Monserrate,* leyenda descabellada, con milagros y pecados fantásticamente locos, pero que, como tantas leyendas en su tiempo y en tiempos muy posteriores, se recibía como verdadera historia y como historia la narran varios Años Cristianos entre las vidas de los Santos.

El poeta deja explayar su imaginación en octavas reales poetizando la incomparable belleza de la soledad de aquellos montes donde el ermitaño ha asentado su morada, no para acompañar a una beldad humana como tan delicadamente se dice en los conocidos versos de Garcilaso:

> Por ti el silencio de la sombra umbrosa;
> por ti la esquividad y apartamiento
> del solitario monte me aguardaba, (3)

ni aún para quedarse en otra más alta como pone Cervantes en los labios de Marcela cuando dice: «tienen mis deseos por término estas montañas y si de aquí salen, es para contemplar la hermosu-

(3) GARCILASO DE LA VEGA: *Egloga Primera.*

ra del cielo, pasos con que camina el alma a su morada primera» (4), sino porque con tanta variedad y silencio los encuentra muy a propósito para vivir entregada un alma a Dios. Hace alusión, como Francisco de Aldana, a la vida espiritual del solitario y toda la naturaleza estimula a vivir allí con más perfección esa vida santa.

Es un regalo, una belleza,
y un entrenamiento tan gustoso,
que levanta el espíritu a la alteza
del deseado celestial reposo;
Al fin, allí extremó naturaleza
todo lo más suave y más hermoso,
y todo lo que más mueve y aviva
la santa soledad contemplativa (5).

Ya nos presenta al monje solitario escogiendo la cueva donde vivir, escondido a lo humano e inmolado a Dios por el apartamiento, la penitencia y la oración, labrando con temor y temblor su santificación.

En los conceptos de los versos se trasluce, aunque tenuamente, la alteza y dulzura, que debe estar misteriosamente escondida en la soledad del santo, que en ella se refugia para encontrar mejor a Dios y estar totalmente a El ofrecido.

---

(4) MIGUEL DE CERVANTES: *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha.* Parte I, cap. XIV.

(5) CRISTÓBAL DE VIRUÉS: *Historia de Monserrate.*

No se detiene a decirnos en qué consiste lo íntimo, lo misterioso y sobrenatural de esa soledad santa como El la supone, pero pasa por la belleza natural considerándola como nada, para llegar por medio de las virtudes, del recogimiento y de la penitencia, que se ven, a la vida contemplativa, muy superior a todo lo demás y al trato y compañía con Dios, que vive o ha de vivir en el solitario y del que no sabe hablar quien no lo ha vivido. Esta es la vida que el poeta presiente cuando dice;

Estaba el religioso en una cueva,
que aún se llama de su mismo nombre,
haciendo de su cuerpo y alma prueba
de casi más que humano y mortal hombre.
En sólo Dios allí sus gustos ceba;
No hay contento sin Dios que no le asombre;
oraciones, cilicios y abstinencia
regalan su limpísima conciencia (6).
Allí, pues, Señor, donde el discreto
viejo conmigo se subió escondido;
Aquel puesto más áspero y secreto
por más a su propósito escogido;
y allí de mi niñez el ya inquieto
bullicio fue en sus obras convertido,
siéndome el sabio anciano juntamente
dulce padre y maestro diligente.
Tal le gocé veinte años en aquella
vida llena de gusto y de consuelo,
sólo aspirando y procurando en ella
con eficaz deseo y santo celo,

(6) *Historia de Monserrate* por CRISTÓBAL DE VIRUÉS, Canto I.

la vida eterna que en la Patria bella
al hombre ofrece el Hacedor del cielo;
a la cual él subió con gozo y canto
quedando sólo yo con pena y llanto (7).

La vida de consuelo y gusto no es por las penitencias, sino por el trato con Dios, por el amor a Dios, porque goza en estar totalmente ofrecido a Dios y que Dios se agrada en ello, porque es el mayor bien que puede ofrecer a Dios.

El militar y guerrero tiene esa idea de la soledad y vida contemplativa, y es idea verdadera y exacta, aún cuando incompleta y no sepa sus misterios y gozos, ni sepa nada de las dificultades, pruebas y luchas del alma hasta llegar a ser alma de oración, y para la expiación propia y por el mundo para ganar las almas, para prepararse para la transformación y unión de amor con Dios y para que Jesucristo sea conocido y amado de todos y la Iglesia se conserve siempre santa en su doctrina y en sus miembros y para que los ministros del Señor sean como ángeles.

* * *

PADRE FRANCISCO DE JESÚS, O. C. D., fue un religioso Carmelita Descalzo. Desde los trein-

(7) *Historia de Monserrate*, por CRISTÓBAL DE VIRUÉS, CANTO V.

ta y dos años hasta los ochenta y tres en que Dios le vino a visitar para llevársele al cielo, escogió vivir la vida eremita en el convento que la Orden del Carmen tiene en el valle de las Batuecas, y que denomina Desierto por el recogimiento, aislamiento, penitencia y oración que se viven a semejanza de los solitarios de Egipto y de Asia.

Pero el lugar material y la topografía más bien parecen paraíso por la hermosura del paisaje, por lo abrupto de las montañas que lo encierran, por los cuatro riachuelos que lo alegran con sus rumores. De este Desierto en el nombre, pero de este encanto en la belleza, salió la fundación similar para el Desierto de Busaco en Portugal, que es otro paraíso y cuya vida de soledad y comtemplación veremos enseguida como intenta describir Bernarda Ferreira.

El padre Francisco era un gran poeta y escribió un libro en poesía sobre el lugar de Batuecas y la vida santa que allí se llevaba. Este libro nos ha llegado hasta nosotros. Como trataba de la vida íntima de los religiosos nos hubiera descrito la vida espiritual de la soledad y el misterio y sobrenaturalidad que encierra, como vida de trato continuo con Dios.

Pero en su *Epopeya Concepcionista* sobre la Virgen, muy brevemente y como un inciso, habla de la vida espiritual y maravillosa de la

soledad, no en los éxtasis o visiones, sino en la realidad de la vida de Dios y de las virtudes y en la santidad que pone en el alma. Así dice hablando con el solitario:

¡Dichoso, oh tu, batueco!
Pues en la vida tienes
De la futura gloria, gloria en rehenes,
pues este gozo sin zozobra alcanza
y adquiere posesión en la esperanza (8).

¿Pero qué hace el alma en la soledad? ¿Cómo se tiene la vida espiritual de oración en la soledad? ¿No cansará esa vida espiritual continua? ¿Qué aspiraciones y afectos se fomentan y viven? Y el poeta nos lo dice:

Miro esta soledad tan ocupada
que no puedo dudar ser ella el cielo (9).
... ...

Y dice hablando con Dios:

Mirándote presente
el alma en toda parte
y no pudiendo siempre contemplarte,
en ella misma tu figura mira
y por entrar en Ti llora y suspira.
Bien sabe el alma que te mira y ama,
no sabe el cuánto, y el caudal ignora;
búscate y halla en toda inteligencia
por esencia, presencia y potencia.

---

(8) *Epopeya Concepcionista* del P. FRANCISCO DE JESÚS, Canto I, estrofa 9.

(9) *Epopeya Concepcionista* de íd. canto V, estrofa 42.

Quiere gozarte y no pudiendo, llora;
Crece el incendio, crece el fuego y llama
y si a tus puertas llama
oye que le responde:
búsqueme el alma donde
ella no se hallare,
y entonces me hallará do no se hallare
su voluntad, que en esa nunca asisto
si no es cuando se junta a la de Cristo.
... ...

Pues cuando en alguno siento,
Señor, que os busca y ama,
se enciende en mi una llama
que acá me dice dentro:
búscale, pues le tienes, en el centro;
en el centro del alma está y habita,
en él está y en él te solicita.
... ...

¿Pues cómo, si yo habito
en este cielo vuestro
divino no me muestro?
Si en todo estáis glorioso,
¿cómo yo tan terreno y tan vicioso?
Si Vos, Señor, en mí tan bello y puro,
¿Cómo yo en Vos tan feo y tan oscuro?

Haced, pues que no puedo comprenderos,
lo restaure, Dios mío, con amaros;
no entenderos es luz de vuestro día,
el no amaros, Señor, es falta mía.
Pues amar, ¿qué será si no gozaros?
Y el no amaros será no mereceros;
amaros y no veros
¿qué puede ser, Dios mío?

Pero si de ese río
que nace de la fuente
eterna, me la da la fe presente,
será el amor, si es puro, pura gloria
y trofeo en la guerra con victoria
En todo os veo, os amo y os admiro,
no como merecéis, más como puedo.
... ...
Fortalecido, si mirando quedo,
que no me aborrecéis en el retiro;
más si presente os miro,
si me tenéis presente,
¿cómo un afecto ardiente
en Vos no me transforma?
Pues que fiasteis de mi alma vuestra forma
¿Cómo en Vos, mi Señor, no me transformo?
¿Porque siempre con Vos no me conformo? (10)

Aquí se nos dice la vida del solitario. Se abraza el retiro y aún la incomunicación con el trato del mundo, para estar en el continuo trato con Dios, procurar su presencia, pidiendo su amor, perfeccionando las virtudes, siendo la Iglesia que ora y que expía; que ama y que suplica. Se va al recogimiento para que Dios tome posesión del alma y para que el alma ofrecida en amor a Dios le dé gloria y suplique y expíe por todos los hombres y para la salvación y santificación de todos. Es la

(10) *Epopeya Concepcionista* por el P. FRANCISCO DE JESÚS, O. C/D. canto VI, estrofas 9-12.

obra maravillosa del recogimiento; es la columna de la Iglesia y la llama de amor a Dios.

* * *

BERNARDA FERREIRA DE LA CERDA. Esta vida espiritual, íntima, llena de gozo y de riqueza de cielo, ese trato amoroso con el mismo Dios, en lo que está precisamente la gloria y hermosura de la soledad y por lo que se convierte en un cielo anticipado, es lo que canta admirada Bernarda Ferreira de la Cerda, describiendo, con más admiración que belleza poética, cómo vivían los ermitaños Carmelitas del Desierto de Busaco en Portugal. Expone con gran verdad el heroísmo, la santidad, fervor y dicha de esos silenciosos religiosos.

Desierto lleno de bienes
(dijo uno), el que conoce
el tesoro de tus gracias
no me admiro te adore.
El mundo cielo te llama,
... ...
Fidísimo secretario
de los requiebros y amores
que el hombre dice a su Dios
y el mismo Dios dice al hombre (11).
... ...

(11) BERNARDA FERREIRA DE LA CERDA: *Soledades de Busaco.* Romance XVI. Consta el libro de dieciocho romances y varios cánticos. Los cánticos están escritos unos en castellano, otros en latín y otros en portugués.

Madre de la paz quieta,
de la quietud dulce albergue;
eres, desierto divino,
rico erario de altos bienes.
De devoción incentivo,
Paraíso de deleites (12).
... ...
Pero si hay gloria en el mundo,
aquí está su gloria toda.
... ...
Es divina aquella vida
adonde comienza el alma
a gozar de la palma
a sus triunfos prometida.
Con el mismo Dios unida,
vive dichosa y contenta (13).

Más que describir la belleza de aquellos rincones de paraíso, admira a los solitarios viéndolos como ángeles que interceden por el mundo y que están envueltos en luz de amor. Dios mismo les lleva en sus brazos. El solitario es sol de Dios; y vive en deleites de Dios.

* * *

GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS jurisconsulto y hombre de Estado, escribió en poesía sobre la soledad y en la soledad cenobítica. Más

---

(12) Idem íd.: Romance XVIII.
(13) Idem íd.: Cántico de décimas.

que poeta fue escritor financiero, jurista y político. Sufrió las alternativas de la política estando unas veces en el encumbramiento y otras en el confinamiento y persecución. Siempre fue hombre probo, honrado y gran patriota.

La adversidad le obligó a vivir confinado en un monasterio durante algún tiempo y en una magnífica poesía de verso libre nos describió lo que veía y lo que pensaba de la soledad y lo que era para él esta soledad claustral.

Retrata primorosamente la belleza del paisaje, la paz que le rodea y veía en los religiosos que vivían en la cartuja del Paular; pero ni el encanto de aquel paraíso, ni la paz del convento y de los religiosos podían calmar su propia inquietud.

La vida de los monjes era de alabanza a Dios y se desenvolvía en la paz y practicando el bien y la virtud. Tan sólo con esas palabras, —aunque lo encierren genéricamente todo—, pero tan sólo con esas palabras viene a expresar lo más hermoso y alto de la soledad espiritual, que es la compañía y trato con Dios. Pero Jovellanos no vivía ni podía sentir ni saber en qué consistía, porque para saber qué es amor, es necesario vivirlo.

La poesía en parte es un lamento de sus penas y dice no es digno de vivir la paz santa de la soledad envidiando santamente a los religiosos, que viven esa dicha y pareciéndole que está él profanando aquel lugar santo.

Desde el oculto y venerable asilo
Do la virtud austera y penitente
Vive ignorada y, del liviano mundo
huida, en santa soledad se esconde.

Lamenta los males del mundo, admira a los santos religiosos, pero no entra en su pecho la paz y la virtud de la soledad en que pasajeramente vive.

¡Pluguiera a Dios, oh Anfriso, que el cuidado
... ...
pudiese huir del mundo y sus peligros!
¡Pluguiera a Dios, pues ya con su barquilla
logró arribar a puerto tan seguro,
que esconderla supiera en este abrigo,
A tanta luz y ejemplos enseñado!
Huyera así la furia tempestuosa,
de los contrarios vientos los escollos,
Y las fieras borrascas tantas veces
entre sustos y lágrimas, corridas.
Así también del mundanal tumulto
lejos, y en estos montes guarecido,
alguna vez gozara del reposo
que desterrado de su pecho vive.
... ...
Busco en estas moradas silenciosas
el reposo y la paz que aquí esconden
y solo encuentro la inquietud funesta,
que mis sentidos y razón conturba.
Busco paz y reposo, pero en vano
los busco, oh caro Anfriso; que estos dones
herencia santa que al partir del mundo
dejó Bruno en sus hijos vinculada,

nunca en profano corazón entraron
ni a los parciales del placer se dieron.
Conozco bien que fuera de este asilo,
solo me guarda el mundo sinrazones,
vanos deseos, duros desengaños,
susto y dolor; empero todavía
a entrar en él no puedo resolverme.
No puedo resolverme y despechado,
sigo el impulso del fatal destino
que a muy dura esclavitud me guía.
Sigo su fiero impulso, y llevo siempre
por todas partes los pesados grillos
que de la ansiada libertad me privan.
De afán y angustia el pecho traspasado
pido a la muda soledad consuelo
y con dolientes quejas la importuno.
Salgo al ameno valle, subo al monte,
sigo del claro río las corrientes,
Busco la fresca y deleitosa sombra,
Corro por todas partes y no encuentro
en parte alguna la quietud perdida.

Hace el poeta una preciosísima descripción del valle y del río Lozoya donde está el monasterio y de los bosques y cuestas cubiertas de pinos, que le rodean y añora la soledad espiritual; estando en medio de ella no la vive, aunque la admira y desea.

¡Ah, dichoso el mortal de cuyos ojos
un pronto desengaño corrió el velo
de la ciega ilusión! ¡Una y mil veces
dichoso el solitario penitente,

que, triunfando del mundo y de sí mismo,
vive en la soledad libre y contento!
Unido a Dios por medio de la santa
contemplación, le goza ya en la tierra
y retirado en su tranquilo albergue
observa reflexivo los milagros
de la naturaleza, sin que nunca
turben el susto ni el dolor su pecho.
Regálanle las aves con su canto
mientras la aurora sale refulgente
a cubrir de alegría y luz el mundo.
Nácele siempre el sol claro y brillante
y nunca a él levanta conturbados
sus ojos, ora en el oriente raye,
ora del cielo a la mitad subiendo.
En pompa guíe el reluciente carro,
ora, con tibia luz, más perezoso,
su faz esconda en los vecinos montes.
Cuando en las claras noches cuidadoso
Vuelve desde los santos ejercicios,
la plateada luna en lo más alto
del cielo mueve la luciente rueda
con augusto silencio, y recreando
con blando resplandor su humilde vista
eleva su corazón y le dispone
a contemplar la alteza y la inefable
gloria del Padre y Criador del mundo.
Libre de los cuidados enojosos
que en los palacios y dorados techos
nos conturban de continuo,
y entregado a la inefable y justa Providencia
si al breve sueño alguna pausa pide
de sus santas tareas obediente
viene a cerrar sus párpados el sueño

con mano amiga, y de su lado auyenta
al susto y los fantasmas de la noche.
¡Oh, suerte venturosa, a los amigos
de la virtud guardada! ¡Oh, dicha nunca
de los tristes mundanos conocida!
¡Oh, monte impenetrable! ¡Oh, bosque umbrío!
¡Oh, valle deleitoso! ¡Oh, solitaria
taciturna mansión! ¡Oh, quien del alto
y proceloso mar del mundo huyendo
a vuestra santa calma, aquí seguro
vivir pudiera siempre y escondido!
Tales cosas revuelvo en mi memoria
a esta triste soledad sumido (14).

Jovellanos admira la grandeza de la soledad y la santidad de los religiosos que la viven y tiene ante sus ojos. No ve la compañía y presencia de Dios que llena y alegra la soledad y llena el alma de los monjes y diviniza la soledad y la convierte en un anticipado cielo.

Es sincero confesando no se atreve a romper con el mundo ni a salir de sí mismo, que es lo más importante. Se considera allí como un extraño profano, pero no se atreve a entregarse a Dios y por lo mismo no le es dado gozar y saborear la dulcísima médula de la soledad, toda regalo y delicia de cielo para quien se ha renunciado a sí mismo y se ha escondido en Dios y en

(14) G.M. JOVELLANOS, *Epístola de Fabio a Anfriso.* Descripción del Paular.

Dios pasa los días de espera hasta que le lleve al cielo.

* * *

UNA CARMELITA DESCALZA, que vive en la soledad de un convento, y como heredera del espíritu que San Juan de la Cruz vivió en Duruelo, donde ella vive, ha cantado también la soledad. La soledad espiritual no es ni una descripción ni un canto, más o menos hermosos, sino una vida. La soledad espiritual vivida, y para vivirla, se abraza la vida religiosa, es una vida tal, que transforma y como divina la vida de quien la vive convirtiéndola en paraíso antesala del de el cielo. Sólo quien la vive puede con verdad expresar la delicia y el hechizo de este paraíso. Los sueños o las inspiraciones líricas, por delicadas que sean no llegan a tan bella realidad. Siempre resulta belleza creada aunque encantadora.

Esta carmelita, cuyo nombre no doy, impregnada de la vida y del lirismo que San Juan de la Cruz vivió en Duruelo, la ha sabido expresar y cantar si no con toda la exigencia literaria, sí con toda verdad y con una belleza y encanto que levanta el espíritu a vida de Dios. Dice así:

¡Qué alegría y qué dulzura,
vivir sola para Dios!
Dios llena toda mi vida;
Dios es mío; soy de Dios.

Me metí en su corazón.
en alegría o dolor
Dios está siempre conmigo;
El me mira sin cesar,
¡Oh, qué verdadero Amigo
Que nunca cesa de amar!
Solo Dios; solo El basta.
Solo El llena todo mi ser
En este dulce remanso
donde vivo prisionera del amor.
Solo Dios; solo El basta;
Lo demás pasará
¡Qué dulzura siempre nueva
Tiene este hermoso vivir
En esta amorosa espera
De la vida que es sin fin,
Que se empieza a presentir
Suave hace todo el amor.
Torna el yugo tan ligero
Que transforma mi vivir
En anticipo del cielo
Que se empieza a presentir
Solo Dios; solo El basta;
Solo El llena todo mi ser
En este dulce remanso
Donde vivo prisionera del amor.
Solo Dios; solo El basta.
Lo demás pasará.

CAPITULO VIII

San Antonio en la soledad

Quizá no parezca muy oportuno haber hecho esta excursión por el campo de los poetas españoles y recoger lo que ellos escribieron sobre la soledad, pero he juzgado sería muy útil para el breve estudio que pienso hacer; porque al mismo tiempo que da variedad, siempre agrada leer lo que los poetas bellamente soñaron y con ello también se logrará ver lo inmensamente que supera la realidad hermosísima de la soledad santa que vivieron los santos anacoretas a la ficción literaria. Los sentimientos y fantasías de los poetas son inferiores a la soledad espiritual que fue realidad vivida por innumerables santos y continúa en la actualidad viviéndose, aunque con distinta forma, por muchas almas selectas y heroicas que siguen fieles el llamamiento divino, y dejan el bullicio, molicie y lujo del mundo para vivir en la luz pura de Dios. Ni las vírgenes ni los santos fueron sólo flor de siglos pasados; florecen también en nuestros días y florecerán en los venideros.

Antes de la explanación de la soledad espiri-

tual y de las diversas clases de soledad externa que muchas almas santas vivieron y aún viven para mejor vivir la interna y verdadera, veamos la soledad santa personificada en un espléndido ejemplar, hombre santo y alabado en todas las generaciones cristianas posteriores, recordando algunos de los efectos maravillosos que en su alma y hasta en su cuerpo admiraban cuantos le conocieron y trataron.

San Antonio Abad vivió muchos años en soledad completa, sin compañía de hombre alguno y vivió otros muchos años en silencio, pero en compañía de otros muchos solitarios consagrados a Dios, muy alejados del mundo y de los hombres mundanos, muy unidos entre sí, en los desiertos y en suma pobreza, ayudándose mutuamente para crecer más y más en las virtudes: todos acudían a ponerse bajo su dirección y obediencia.

Dios hizo por modo milagroso que la vida santa de Antonio en la soledad, sin más testigos que los ángeles, fuera también conocida por los hombres que, atraídos por el perfume de virtud tan heroica, le acompañaron, y se pusieron bajo su dirección para mejor imitarle.

Se le considera como el Padre de los solitarios y modelo perfecto de la soledad sola y de la soledad en compañía de santos, no porque fuera el primer solitario ni aun al que siguieran más

discípulos, aunque fueron muchísimos, sino porque fue más conocido de los hombres y más divulgada su vida.

La primera vida de San Antonio es la escrita por San Atanasio; en ella leemos el momento de ser invadida violentamente su morada por los hombres que le admiraban, y así escribe:

«San Antonio vivió solo y llevaba viviendo lejos de la presencia de los hombres veinte años...

»Muchos deseaban seguirle para imitarle, y una multitud, que ya conocía su vida, acudió a él... Y no accediendo el Santo a presentarse a ellos, como se lo suplicaban, le arrancaron violentamente la puerta de su cabaña, y entonces apareció ante ellos como si fuera ya un bienaventurado que salía del mismo cielo.

»Todos, al verle, se quedaron admirados por la dulce gracia de su boca y por la venerabilidad de su cuerpo, el cual no mostraba debilidad ninguna por la falta de descanso; ni los ayunos ni las luchas con el demonio habían descolorido su rostro; antes por el contrario, como si no hubiera pasado tiempo alguno, conservaba el más esbelto vigor en sus miembros. Mas, sobre todo, ¡qué maravilloso fue contemplar la apacibilidad afable de su espíritu! Jamás aquella sonriente alegría se excedía para terminar en risa; jamás se nubló la alegre sonrisa de sus labios por el recuerdo del pecado; jamás se le vio el menor engreimiento con los grandes aplausos de sus admiradores. Ni la soledad le había comunicado incorrección de dureza, ni las luchas no interrumpidas con sus enemigos los demonios habían dejado en él aspereza alguna, sino que, con imperturbable serenidad, acudía a todo con igual atención.

»Su palabra, llena de gracia, consolaba a los tristes, en-

señaba a los ignorantes, apaciguaba a los airados y persuadía a todos que no antepusiesen nada al amor de Cristo.

»Todo su rostro rebosaba gracia; había recibido también este admirable don del Señor... Si alguno que no le conocía le buscaba entre los numerosos monjes con deseo de conocerle, sin que nadie se le señalase se acercaba a Antonio dejando a los demás y conocía la pureza de su alma por su rostro... Siempre estaba con la cara sonriente y manifiestamente se veía que su entendimiento estaba atento a las cosas divinas, y, como dice la Escritura santa, *Cuando el corazón está alegre, el rostro da la flor de la sonrisa*» (1).

En esta escena encantadora de la vida de San Antonio aparece más que la soledad del santo, lo maravilloso y casi sobreterreno de la soledad espiritual en sí misma, bajo los tres aspectos en que puede vivirse la soledad cristiana y santa; tales son: 1.°, el apartamiento completo de todo trato humano para estar más empapado interior y exteriormente en Dios; 2.°, la soledad en cuanto que es alejamiento de lo mundano y de los negocios e intereses, pero en compañía de otras almas consagradas a Dios igualmente fuera del mundo para vivir en Dios la vida más santa posible con mutua ayuda; y 3.°, la soledad del corazón, íntima y profunda con despego de lo mundano y con la mente y el corazón en el Señor, aun cuando se esté rodeado de muchedumbres.

---

(1) *Sancti Athanasii Magni, Alexandrini Archiepiscopi... Omnia quae exstant opera.* Parisiis, 1608. *Vita Sancti Antonii Abbatis,* páginas 499 y 508.

CAPITULO IX

La soledad es buscar a Dios y vivir en Dios, en la compañía más íntima, más amorosa y dulce

La esencia, lo grande, lo inapreciable de toda vida solitaria espiritual es la consagración que el alma hace de sí misma y de toda su persona a Dios, y la ininterrumpida compañía y continuo trato que se procura tener con el mismo Dios por su presencia amorosa en fe viva, sabiendo por la fe y por la teología que Dios está todo en el alma por esencia, presencia y potencia, y está obrando incesantemente.

Toda la actividad del alma y todo su delicado amor se emplea en Dios y ella se mira, humilde y agradecida, en el Señor, obrando con toda la limpieza de recta intención y vivísimo amor para no oponer obstáculo ni velarse con mancha alguna que la impidan dejarse llenar de luz del cielo. La soledad esencial es alejamiento y despego de intereses y vacío de amor humano para poder estar el alma ocupada y llena con el amor divino y con la presencia del mismo Dios.

Las alabanzas que los santos han tributado a la soledad no fueron a la soledad cantada por los poetas, ni tampoco a los arenales de los desierto, hondonadas y riscos de la naturaleza, ni al descanso o quietud humanos, sino a la soledad del corazón, al vencimiento de sí mismo y al total ofrecimiento al Señor, voluntariamente separado hasta del trato más inocente y agradable de los hombres para vivir en la más íntima, amorosa y continua unión con Dios que es todo amor y bondad.

Muy conocidas son las palabras tan laudatorias que San Jerónimo hace del desierto:

> «¡Oh dichoso desierto, dice, donde siempre es primavera por las flores de Cristo que hay en ti! ¡Oh felicísima soledad en la que nacen aquellas piedras preciosas de las que dice San Juan en el *Apocalipsis* que con ellas se edifica la ciudad del gran Rey! ¡Oh yermo donde se goza de Dios más fácilmente!» (1).

Estas alabanzas no son ni a los arenales, ni a lo inhóspito del lugar escogido para vivir en penitencia; no son a la libertad ni a estar lejos de los hombres que traicionan y engañan y en los cuales no se puede tener confianza; pues huir de los hombres para vivir solitario y selvático en los desiertos o entre montes, a semejanza de las

---

(1) SAN JERÓNIMO: *Epístola ad Heliodorum*.

fieras o de bandidos, es rebajarse y animalizarse y aun huir por amor de una quietud descansada, es no apreciar la grandeza y dignidad del hombre. La soledad buscada con ese fin es malsana y tiende a hacer peor al hombre, a hacerle más inculto e infrahumano. Dios ha creado al hombre sociable y esa soledad es contra la misma naturaleza humana. El cielo es convivencia íntima en delicia y júbilo.

La soledad que buscaron y vivieron llenos de gozo los santos no es misantropía, ni huir de los hombres por las injusticias o ingratitudes recibidas o por cansancio, ni aun por librarse de las dificultades que necesariamente se presentan en la vida humana y social, pues mayores, sin comparación, se padecen en la soledad; se busca la soledad por amor de Dios, para cantarle sin descanso y para vivir en El y salvarse.

San Jerónimo habla de las flores de Cristo y de que se goza de Dios más fácilmente en el desierto; pero no se va allí buscando el goce. El mismo Santo nos lo enseña en una anécdota que narra de San Arsenio, el solitario que dejó más bienes y más honores. Amaba y era amado y admirado; pero lo dejó todo y se fue al desierto.

«El abad Marcos preguntó al abad Arsenio por qué había huido de los hombres, y Arsenio respondió: ''Sabe el Señor que amo a los hombres, pero me es imposible estar a un tiempo con los hombres y con Dios''.

»Las jerarquías angélicas y las virtudes están ordenadas en un mismo amor de la voluntad, pero los hombres tienen muchos y contrarios amores y quereres, y por ello no puedo dejar a Dios por estar con los hombres» (2).

La soledad cristiana y santa es una tendencia a mejorarse, un deseo de santificación, un ansia de sobrenaturalizarse y vivir con perfección el amor de Dios. Tiene por fin nada menos que vivir en unión de amor con el mismo Dios.

La soledad espiritual es apartarse de los hombres y de sus negocios, vaciarse de sí mismo, *negarse a sí mismo,* según la frase de Jesús, para prepararse a buscar a Dios y tratar con Dios para estar del todo ofrecido a El en amor no interrumpido; es dejarse llenar de Dios y, empapado en ese amor, ofrecerse en penitencia amorosa y en expiación por la salvación de las almas unido al mismo Jesús.

En la soledad espiritual se halla la más íntima y noble compañía en el más intenso y delicado amor; es la compañía continua con el mismo Dios y el trato ininterrumpido del amor más confiado y secreto con nuestro Dios infinito.

La soledad es, por esto mismo y como consecuencia, dejarlo todo, despojarse de todo para

---

(2) *Divi Hieronymi Stridensis, Presbyteri Cardinalis in Vitas Sanctorum Patrum Aegyptiorum et eorum qui in Lithia, Thebaida et Mesopotamia morati sunt.* Quarta Parte, pág. 787. Salmanticae, 1588.

buscar a Dios, para, deshecho en amorosísima humildad y lleno de toda confianza, tratar con Dios y estar en todo, siempre y con todo amor ofrecido a El.

Ir a la soledad material y estar en ella alejados del mundo, es el medio más eficaz para librarse y desatarse de los muchos obstáculos que por la flaqueza humana y el apego del corazón impiden entrar en la luz sin sombras, sumergirse en el divino amor, comunicarse con la sabiduría eterna e inefable, ver por viva fe la verdad en sí misma y dejarse vestir de la hermosura sobrenatural.

Está en la condición humana y procede de la naturaleza misma la inclinación y el deseo de vivir en compañía, y sabe el alma santa que en la soledad está la más noble y la más alta compañía; que la misma soledad no es otra cosa, si se vive con perfección, que esta confidencia amorosa con Dios y tan inexplicablemente íntima que llega a hacerse una misma cosa con esa su compañía amada, la cual es el mismo Dios, el mismo Dios creador del alma y de todas las cosas y glorificador eterno de los bienaventurados.

Y es también el mismo Dios el que, con atracción y luz interior, llama al alma a esta soledad y llama, como queda ya dicho, para llenarla de Sí mismo, vestirla y hermosearla de sus perfec-

ciones inefables y hacerla una cosa con El mismo.

El alma en el retiro ha de estar tratando con Dios, ha de tener puesta su atención y todo su afecto en Dios, y debe estar continuamente como derritiéndose en ofrecimiento de amor y recibiendo al mismo tiempo sin interrupción amor divino.

Ni pueden entrar aquí temores de que este soberano Amigo quiera hacer jamás traición al alma, que lo dejó todo por buscarle y ofrecérsele, mientras el alma no deje de querer. Siempre Dios ama más al alma y se da más perfectamente a ella, que el alma se da a Dios.

La soledad espiritual, santa, perfecta y de alegría sobrehumana, es buscar a Dios con todo el afecto y esfuerzo del corazón para depositar en el pecho del mismo Dios el tesoro de amor y recibir vida y fuego cada vez más intensos, del amor y vida de Dios.

Se busca la soledad o el apartamiento de las cosas terrenas y de los negocios y disipaciones de los hombres para estar más atento a Dios, para mejor mirar, alabar y amar a Dios, y, mirándose en Dios, verse también en compañía de los ángeles y bienaventurados uniéndose a sus alabanzas y a sus gozos. Que por eso se hace en la soledad maravillosamente lo mismo que haremos en el cielo: admirar, alabar y amar a Dios,

aquí, en gozo de esperanza, mientras allí será en dicha cumplida y en felicidad que supera a todo ensueño; por la fe viva se levanta el alma en la soledad a vivir la vida del cielo y verse iluminada por su luz radiante.

A este apartamiento y retiro llamamos ordinariamente soledad o vida de desierto; pero muy impropiamente, porque de hecho es el trato más íntimo y más noble, la más continua y gozosa compañía con las relaciones y ternuras de mayor confianza y delicadeza que se puedan soñar. Pero como los hombres hacemos en nuestro lenguaje relación o referencia a las cosas externas y a nuestros sentidos y el solitario en la soledad se incomunica con la sociedad, se llama a esto soledad, porque se carece voluntariamente del mundo.

Puede darse una soledad muy santa y perfecta viviendo entre los hombres; consiste en tener el corazón despegado de todas las cosas y amistades y estar muertos al amor propio, al regalo de los sentidos y a las ambiciones, concupiscencias y ansias terrenas del corazón, tratando con Dios en lo interior, ofreciendo todas las obras a Dios sin miras humanas y viviendo una continua presencia de Dios en vida de oración.

Es la soledad santa y espiritual de la que dice *la Imitación, entre las multitudes solo*; es la soledad de los santos en sus actividades apostóli-

cas, pero es una soledad tan difícil de vivir en el mundo, que por no poderla conseguir huyeron los santos solitarios a los desiertos.

No se vive la soledad espiritual y santa porque el alma se aparte de los hombres y de la sociedad mundana. Jesucristo dijo que quien quisiera seguirle y disponerse para ser morada apta donde El haga la unión de amor con el alma, había de renunciar a todas las cosas; y renunciarse a sí mismo, no sólo a los ojos de los hombres, sino de verdad en lo íntimo del alma y vestirse del ropaje de la humildad, de la mansedumbre y de la caridad.

El obstáculo e impedimento para que Dios venga a ser vida del alma y establezca en ella su morada, haciéndola cielo anticipado, somos nosotros mismos; es nuestro amor propio y nuestra ansia de mundo lo que impide la soledad, silencio y quietud de los sentidos y de las potencias.

Para ponerse en este recogimiento espiritual, el alma ha de dar el esforzado vuelo de negarse a sí misma en su amor propio, en sus apetitos, en su vanidad; deshacerse del apego de las criaturas en los gustos, en la honra y fama y en los bienes materiales; vivir la perfecta pobreza espiritual y material en afecto y de hecho y entonces Dios la cobijará bajo sus alas y la envolverá en su ver-

dad, en su luz y en lo delicado e inefable de su amor.

Iluminado el Profeta David por la Sabiduría de Dios, nos enseñó maravillosamente esta verdad de que para vencer al mundo se ha de huir del mundo. *Me alejé huyendo y permanecí en la soledad* (3). El alma se aleja huyendo del mundo para no caer en sus atractivos y codicias, y permanece en la soledad, en la pobreza de espíritu, sin ansias, en la luz y en la delicia de Dios. El alma que no huye del mundo y de su ruido y de lo mundano en los bienes materiales o de honra y fama, no puede remontarse a la atmósfera de luz ni recogerse en la paz y en el silencio de Dios, donde El mora y se comunica.

Los santos solitarios escogieron, según este consejo, vivir en soledad material y huir de la compañía de los hombres para estar con el corazón fijo en la hermosura de Dios, y conceptuaban heroísmo superior a sus fuerzas vivir entre los hombres y poseer bienes y poder estar al mismo tiempo sin apegos, vacíos y solos con Dios.

Desde la soledad admiraban y conceptuaban como los más grandes santos a los que, viviendo entre los hombres, viven el perfecto amor de Dios y permanecen desprendidos de sí mismos y

---

(3) Salmo 54,8.

de los bienes terrenos. Estas son las almas que ejercitan el heroísmo más difícil (4).

La soledad material, el silencio material, la pobreza material, son medios que conducen al fin deseado que es Dios. El fin, la aspiración del alma, es Dios. El alma va buscando a Dios y va a ofrecerse a Dios sin reservas, viviendo para El y en El.

El alma ansiosa de santidad se aleja del tráfago del mundo y huye de lo atrayente, pero corrosivo de la sociedad y de los intereses, para no caer en sus encantos y atracciones. El alma que no huye del mundo y de su ruido hasta quedar vacía y en silencio interior, difícilmente puede remontarse a las armonías divinas y a la comunicación con Dios.

No es suficiente dejarlo todo, sino que se ha de seguir a Dios para vivir en El.

Quieto se asentará el solitario —decía el profeta Jeremías— *y en su silencio se remontará sobre sí mismo* (5) a la luz, a la sabiduría y al gozo de Dios: guiado por el mismo Dios es introducido a la presencia de la belleza divina y a la posesión de su gozo.

La fe le enseña a ver toda la hermosura de

---

(4) Obras de SAN JUAN CRISÓSTOMO: *Contra los impugnadores de la vida monástica*. Discursos, I. Versión española y notas de DANIEL RUIZ BUENO. B. A. C. Madrid, 1958.

(5) JEREMÍAS: *Trenos*, III, 28.

tan alto ideal, como es el presentado por la misma Escritura Santa cuando, hablando de los varones santos de la soledad, dice que *eran ricos en virtudes y estaban entregados a la contemplación de la hermosura* (6).

Al buscar la soledad no sólo se ha de huir y abandonar el mundo y la sociedad, sino lo que es mucho más difícil, pero más importante: se ha de renunciar a sí mismo, saliendo del amor propio. Este amor propio desmedido y usurpador del trono que corresponde al amor de Dios, difícilmente nos abandona y se antepone a todo y quiere hacerse centro de todo.

Lo primero que enseñaban los Padres del yermo a cuantos acudían a ellos, era morir a sí mismos, negarse a sí mismos para prepararse a ser del Señor en todo; con esta doctrina ponían en práctica el mandato de Jesucristo. San Macario la grababa en el alma de cuantos acudían a él y vivían bajo su dirección en los desiertos africanos, diciéndoles: *huid, huid,* y ante su extrañeza al oír estas palabras los que ya habían huido al desierto, les explicó: *huid de vosotros mismos.*

La soledad no se convierte en antesala del cielo, ni se ilumina con luz de gloria sólo con que se haya huido del mundo, sino cuando además de dejar el hombre lo mundano y externo,

---

(6) *Eclesiástico,* 44, 6.

se deja a sí mismo negándose, humillándose y acabando con el amor propio.

El demonio pone su trono en el orgullo y en el amor propio, y el trono de Dios en el alma es la humildad y limpieza de corazón.

Es en el silencio de la soledad externa donde más fácilmente se recoge atenta a Dios y percibe los dulcísimos ecos de las armonías celestes.

Esta es la soledad que buscaron y alabaron los santos, aun cuando materialmente muchos no vivieron en lugares apartados de la comunicación de los hombres y hasta ejercieron intenso apostolado activo.

Pero ayuda más de lo que puede decirse vivir en la soledad material y en el silencio de la naturaleza, para adquirir la soledad espiritual y la continua atención y entrega a Dios.